



Klondike y el ucraniano-

Foto: Klondike
Fuente: Klondike Movie

La invasión de Rusia a Ucrania, cocinada a fuego lento desde hace ya algunos años, ha sido uno de los temas más recurrentes dentro de la cinematografía ucraniana contemporánea; un fantasma tan grande y peligroso como para que muchos creadores exploren distintos costados de tan terrible realidad. Muchos de esos trabajos se centran en el Donbás, la zona de influencia rusa que ha estado bajo el control de fuerzas separatistas desde el 2014. Ahí está la poderosa *Donbass* (Донбас, 2018), de Sergei Loznitsa, que, a partir de diferentes historias, va haciendo un fresco de lo que es la vida en esa zona del país del este de Europa, con su corrupción, sus

discursos extremistas, las *fake news* que se van creando y, finalmente, el sufrimiento de un pueblo que tiene que vivir una realidad que resulta absurda por donde se la mire.

Una de las más recientes películas que tocan directamente el conflicto es *Klondike* (2022), primer filme en solitario de la cineasta ucraniana Maryna Er Gorbach —antes había dirigido tres largometrajes al alimón con su esposo, Mehmet Bahadır Er—, y que parte de uno de los hechos más trágicos que ha traído el conflicto en esa zona de Ucrania: la caída del vuelo 17 de Malaysia

conflicto

-ruso

★ RODRIGO BEDOYA FORNO

La cinta ucraniana ofrece una perspectiva humana sobre las tensiones en la frontera con Rusia previas a la invasión de este año. Se enfoca en los habitantes que no tienen más opción que continuar con sus vidas de una manera u otra. Explora cómo se produce la normalización de la inestabilidad y la violencia que inevitablemente trae este tipo de conflictos, y de qué manera afectan las relaciones e interacciones del día a día.

Airlines, derribado el 17 de julio del 2014 mientras transportaba más de doscientas personas desde Ámsterdam hasta Kuala Lumpur. Pero el accidente —que nunca se ve en la cinta, más allá del fuerte humo que se levanta a lo lejos, en el campo donde ocurrió el atentado— en realidad es la excusa que elige la directora para explorar una serie de sucesos que están directamente ligados a cómo el conflicto ataca todas y cada una de las situaciones más cotidianas de un lugar donde quienes antes eran vecinos ahora son enemigos, donde quienes antes se conocían de toda la vida ahora cargan un rifle al momento de conversar entre ellos.

Klondike —ganadora del premio a mejor dirección en la World Cinema Dramatic Competition del Festival de Sundance de este año— parte de una situación extraordinaria, la caída del avión provocada por un misil manejado por los separatistas prorrusos, para pintarnos más bien lo ordinario, aquello que, de cierta manera, se construye en el día a día. Es así como vemos la historia de Irka, una mujer embarazada que pierde una parte de su casa al ser destruida por el misil que tumbó el avión en cuestión. La

zona donde ella vive, bajo total control ruso, está siendo abandonada por buena parte de sus habitantes. Pero ella se niega a dejar su tierra, no entiende por qué debería hacerlo, teniendo en cuenta lo absurdo del conflicto. Y es por eso que su vida gira alrededor de racionar todo lo que se pueda, desde agua hasta su ganado, pasando por la tierra cultivable, con el fin de hacer de la vida algo que sea lo más parecido posible a la normalidad.

Alrededor de Irka giran dos hombres. Por un lado, Tolik, su esposo, quien asume con resignación la situación que le toca afrontar. Parece totalmente indiferente ante la violencia en la que la zona donde vive está sumida, y trata de balancear su repudio a lo que está viviendo con el tratar de “llevar la fiesta en paz” no solo con los violentos ocupantes rusos, sino con algunos de sus amigos que, ya sea por convicción o porque no tienen opción, han comprado la causa independentista. Por el otro lado, tenemos a Yaryk, el hermano de Irka que defiende abiertamente la república ucraniana en un lugar donde hacerlo le puede costar la vida. La cinta se va moviendo sobre la base de las interacciones entre estos personajes, que tratan de salir adelante en medio de un caos que la película va mostrando con parsimonia, sin mucho apuro.

Camino de deshumanización

Eso es lo que hace interesante la propuesta de la directora: lo que vemos en *Klondike* es una situación terrible, absurda por momentos, pero la película nos la muestra como si fuera la cosa más natural del mundo. Los encuadres largos y generalmente distantes que filman a los personajes nos van mostrando acciones y discusiones que en otra película probablemente serían disparadores de tensión —como la pared de la casa de los protagonistas que es destruida— o de momentos sumamente dramáticos y emocionales —las decisiones que tiene que tomar la protagonista embarazada sobre si quedarse o irse—, pero que en esta cinta se van diluyendo entre los ruidos del área, las acciones regulares de los personajes o la profundidad de campo que muestra ese bello ambiente rural en el que ocurren los sucesos. De pronto, las tensiones y los dramas se mezclan, se vuelven parte de ese paisaje, de esa naturalidad, como si los personajes hubieran aceptado

que hablar de un desplazamiento o vivir con la posibilidad de que la casa quede en ruinas fueran parte de lo habitual.

Lo que *Klondike* muestra, entonces, es una especie de aceptación de la deshumanización: los personajes ya dan por sentado que aquello con lo que tienen que vivir no va a cambiar y que cualquier cosa es posible, incluso el que un avión comercial sea derribado de la nada, y que parte del fuselaje caiga en la huerta de la casa. Al final, aquello que debería generar una sorpresa y cierto nivel de rebeldía termina siendo asimilado por la rutina y la apatía de aquello que se asume como una realidad. Un ejemplo concreto de esto se produce cuando los tres personajes deciden reconstruir el muro destruido de la casa. Las discusiones políticas afloran entre los dos hombres: Yaryk le reclama a Tolik su apatía, mientras que el último le señala que está poniendo su vida en peligro. Pero esas discusiones quedan pronto en segundo plano, ya que los personajes deben reconstruir dicho muro para que su hogar no se siga afectando. La discusión se olvida por el esfuerzo físico que implica ir poniendo los ladrillos y el cemento, momento que la directora filma en una larga secuencia. La necesidad de encontrar cierto nivel de normalidad deja de lado la indignación que debería generar una situación como esa; a fin de cuentas, lo único que queda es tratar de reconstruir la pared.

El asunto es que esa aceptación de lo inaceptable se va volviendo cada vez más profunda, haciendo que la vida de los personajes se vaya tornando cada vez más complicada. De pronto, ya no es solo aquella reconstrucción de la pared, es aceptar que no puedes salir de la zona en la que estás, es tener que entregar tu

Foto:
Klondike





carro si los separatistas armados te lo piden con fines patrióticos, y también es aceptar que esos mismos separatistas puedan entrar a tu casa sin ningún tipo de aviso y con toda la prepotencia del mundo. *Klondike* va acumulando situaciones habituales a través de ese estilo distante y observador que plantea Er Gorbach, pero el punto es que las situaciones se van haciendo cada vez más agresivas, cada vez más violentas. Y al final, cuando la violencia explota en toda su terrible dimensión, sentimos que la película es como un grito de horror que se ha quedado estancado, que los protagonistas entraron en una máquina perversa que los ha consumido totalmente.

La sombría interacción

Es interesante notar cómo las pequeñas interacciones de los personajes con otras personas, por más aparentemente inconsecuentes que sean, también nos van revelando uno de los lados más oscuros de la guerra: cómo las relaciones se van ensombreciendo, basándose en la desconfianza y en la agresividad. De repente, aquel que fue tu amigo o vecino se convierte en alguien que gestiona intereses a la fuerza, que con el poder que le da un arma se vuelve alguien intimidante. *Klondike* va construyendo un universo donde todas las relaciones se van enrareciendo, no solo la de esposo y esposa, o hermana y hermano, sino también aquellas que uno construye con el tiempo y que, de pronto, pasan de basarse en la confianza o en el compañerismo para ahora sustentarse en un orden marcial, donde el miedo que provoca un fusil reemplaza toda posibilidad de relación saludable.

Klondike también dialoga, de una forma u otra, con otras cintas que provienen de Ucrania. La comparación planteada al principio con *Donbass*

Foto:
Klondike

no es gratuita: el fresco que propone el director, con sus planos largos e inmersivos, también busca integrar todo lo que trae la guerra a una cotidianidad que se va haciendo cada vez más insoportable. Pero lo que plantea Loznitsa tiene un marco mucho más amplio. *Donbass* mira la corrupción, las diferencias sociales, la creación de *fake news* y propaganda, y la desintegración de la sociedad desde una visión, si se quiere, más ambiciosa en cuanto a la cantidad de los temas que toca. La película de Er Gorbach mantiene una ambición estilística que se sostiene también en los encuadres dilatados y en un uso de la profundidad de campo que aprovechan la dimensión de la naturaleza, que es, asimismo, parte de la vida de los personajes. Pero el interés de *Klondike* está mucho más centrado en la dimensión humana, en las relaciones personales y en cómo estas se van pervirtiendo de manera irremediable por un evento tan terrible como la situación en el este de Ucrania.

Así como la película sigue una línea estilística, pues también cojea del mismo pie. El filme, sobre todo en la parte final, tiene cierta tendencia a regodearse en la desgracia de los personajes, volviendo la violencia mucho más explícita y exagerando el sufrimiento, como si la silenciosa degradación de las relaciones personales que hemos visto hasta ese momento no hubiera sido suficiente, y fuera necesario reforzar lo que el filme busca transmitir subrayando el lado más patético y violento de la situación.

Klondike tuvo su estreno en enero del 2022 en el Festival de Sundance. Un mes después, Rusia invadió Ucrania, generando un daño irreparable a la estabilidad no solo del país, sino de Europa y, hasta se podría decir, del mundo. Pero lo que la película de Maryna Er Gorbach nos muestra es que el daño ya estaba hecho desde hace mucho tiempo. Un daño que no solo afecta lo material, sino algo que es mucho más difícil de reconstruir: las relaciones entre las personas. ◻